



Conocí a Jordi Puig en 1976 a raíz de unos cursos de formación, organizados por el SEA, sobre máquinas de ordeño y su control. Él como alumno, yo como profesor. Aprendí muchísimo. Desde ese año, Ramón, Jordi y yo trabajamos un vínculo profesional y humano.

Jordi trabajaba para una casa comercial de máquinas de ordeño, y desde ese curso lo compaginó como controlador de las instalaciones de ordeño. Siempre lo consideré un prototipo de extensión, sin que perteneciera al SEA, ya que tanto en el trabajo de vender una máquina como en el de su control ayudaba el ganadero a mejorar sus recursos. Fue más imparcial que algunos compañeros del Servicio de Extensión Agraria.

La sencillez con la que orientaba y adaptaba una instalación era, ciertamente, clarividente. Empezar de nuevo es más fácil que reparar, readaptar, rediseñar. Era un maestro. Por supuesto, con Ramón no paraban de darle vueltas al tema, mientras mi desconexión era total.

Como persona era educado, respetuoso, observador, conocedor de sus límites, y por tanto de los demás, dotado de un extraordinario sentido del humor, el cual se denota no por hacer reír sino en saber reír, y de una ironía gestual. Fue, por tanto, un sabio de la vida.

Tenía, además de las cualidades citadas, una muy importante para moverse en el mundo de cualquier oficio o profesión, y muy especialmente en el mundo ganadero. Era un hombre discreto. Por eso era de aquellos, que como Ramón, podía ir a cualquier explotación sin bajar la cabeza.

Todas las veces en que los tres colaboramos, lo pasamos tan y tan bien que sería absurdo sentir nostalgia, porque los buenos momentos te quedan incorporados, y además no serviría de nada ni harías honor a su memoria. Es cierto que uno se siente triste cuando un amigo muere, pero la vida es un poco así.

*La foto corresponde al 12 de mayo de 1997 cuando yo cumplía 50 años, a su lado está Antonia a quien dedico esta nota*